

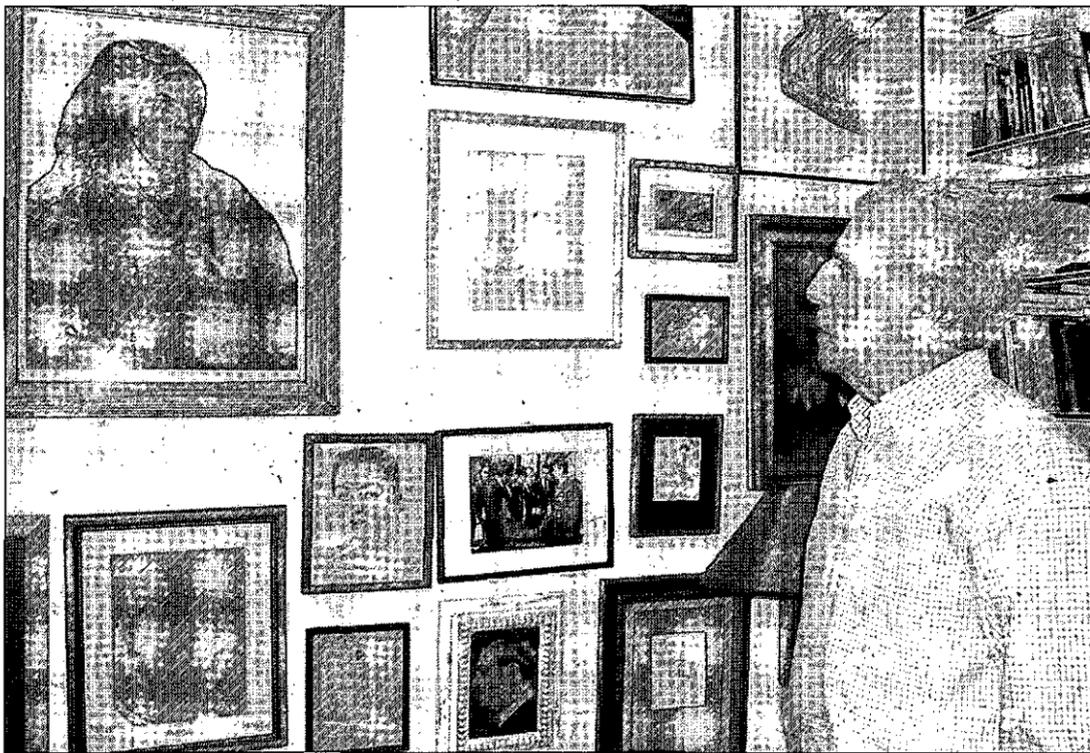
cuerdos. El otro día pase por la calle Caballeros. (Coge su libro y lee el poema *El cañón*). Javier Maldonado, un amigo que vive en Madrid, me ha recordado muchas cosas. Por ejemplo, yo pensaba que era un tanque y no un cañón... Recuerdo las clases en la Academia General de Segunda Enseñanza de Ciudad Real, fundada por mi tío abuelo Miguel Pérez Molina. Y a Paco el Mayoral, era un personaje muy especial. Yo digo que lo retrató Velázquez en su cuadro de Baco con los borrachos. Decía tacos tremendos, tenía ese odio de clase, de persona que ha sufrido injusticias. Adoraba a mi padre por el simple hecho de ser republicano. (Lee y se emociona). Y de La Jarilla me acuerdo perfectamente, era la prostituta más celebre de Ciudad Real. Su hermano se llamaba El Jarillo y nosotros, que éramos muy jóvenes, le teníamos mucho miedo. Ciudad Real ha cambiado mucho, pero ahí siguen los recuerdos.

Como *Pensando en joven*, sección literaria del periódico *Lanza*, entonces del «movimiento», que funda con otros amigos. ¿Sufrieron la censura?

Es curioso, pero no. Me gustaba Lorca, que se podía leer, y Alberti. Del asesinato de Lorca no se hablaba. Publiqué un artículo sobre el poeta y Ortega y Gasset diciendo que eran los referentes a los que seguir, los que daban modernidad a España. Imagino que debieron discutir si se publicaba o no, pero lo hicieron. Entonces estaban Cecilio López Pastor y Eduardo Sanmartín. Había una estética joseantoniana, del fascismo procedente de Italia muy fuerte, y esa corriente política también tuvo su traslado a la poesía.

¿Qué pretensiones tenía este grupo considerado representante del Postismo?

Nos aglutinó quien con el tiempo demostró que realmente tenía dotes literarias: Ángel Crespo. Yo no sé si entonces sabíamos que significaba ser postistas. Éramos un grupo de amigos: Fernando Calatayud, Manuel López Villaseñor... Él hizo unas viñetas y yo también. Se publicaron una



El autor de 'Tiempo del pan amarillo' observa algunos cuadros que tiene en su hogar. / A.C.

caricaturas mías de los amigos y poetas de la posguerra de Ciudad Real: Calatayud, García Donaire, Antequera, López Torres... *Pensando en joven* duró un tiempo, pero yo me fui a estudiar Derecho a Madrid.

Estudia Derecho, aprueba unas oposiciones de Turismo y se marcha a Estados Unidos donde vivió más de 16 años...

Llego como jefe de la oficina Española de Turismo. Primero Chicago y luego Dallas. En mi traslado de Dallas a Nueva York, asesinan a Kennedy. Curiosamente conocí a Jack Ruby, que mató a Lee Oswald, asesino del presidente. Dallas era pequeño, había un club de jazz que lo regentaba Jack Ruby, donde iba a menudo. Cuando lo vi en televisión me quedé sorprendido. También estuve en Washington. Mi estancia en Nueva York fue muy importante, ahí me aficioné al arte y a las subastas. Llegué a Estados Unidos en 1955, por lo que disfruté muy poco de mi padre a la vuelta de su exilio.

Como conocedor de la sociedad americana, ¿Obama será el gran cambio?

«Antes de quedarnos en Ciudad Real, mi padre nos llevó a Barcelona, donde vivimos los bombardeos más tremendos»

El hecho de haber elegido a un negro como presidente ya es un avance importantísimo. Yo viví en este país el racismo. Luther king consiguió despertar una nueva conciencia de respeto a los derechos civiles. El presidente Johnson avanzó mucho en esta materia. Se empieza a transformar una sociedad sureña, cerrada y clasista. Es un tema muy complejo porque los negros en Estados Unidos a la vez que han sufrido la esclavitud más indigna es donde también han conseguido su estatus más importante.

Nos cuenta que en Nueva York nace su gran pasión por el arte. ¿Por qué?

Mi afición a las subastas. Tuve una gran suerte porque descubrí un cuadro de Murillo que era presentado como estilo de este pintor. Mezclé la vista, con la buena suerte y la posesión de un libro sobre la pintura fuera de España, donde estaba descrito ese cuadro, por lo que pensé que era San Agustín lavando los pies de Cristo. Lo compré por unas 30.000 pesetas que entonces no era dinero. Lo vendí luego al Estado. Este hecho coincide con

una crisis personal importante: me trasladan de Nueva York a Málaga para ser delegado de Información y Turismo. Es la época en que Franco está enfermo. Me resisto, pero volví. Cuando nos reúnen a los nuevos delegados nos hablan de política, de servir al régimen, a Franco, porque los enemigos están saliendo a la superficie. Yo, hijo de republicano, con un padre que estuvo exiliado once años, ¿voy a defender el régimen? Siento que no puedo aceptar. Me niego.

¿Qué valiente!

Más tuve que ser. Pasé una crisis tremenda, dije que no aceptaba, pero estaba firmado por el Caudillo. Estuve a punto de dar un escándalo, al final me dieron la baja por enfermedad, pero me castigaron un año sin sueldo. Es cuando tengo el consuelo de traerme el cuadro de Murillo e investigar. Mi estudio fue publicado en el Archivo Español del Arte y en el Archivo Hispalense. Luego Suárez quiso que formase parte de su equipo, pero creía que era un falangista, me dijeron que no era cierto y tenían razón: me equivoqué. Entonces regresé a Estados Unidos.

Murillo, Velázquez... ahora está inmerso en un estudio sobre Picasso, cuyo guión para la serie de televisión que dirigió Bardén lo escribió usted...

Sí, me apasiona Picasso. Mi oficina en Nueva York estaba al lado del MOMA y coincidió con el tiempo en que llevaron al Guernica. Como crítico de arte he estudiado mucho a este artista. De hecho ahora estoy trabajando en él...

Acabemos con su poemario, donde se encierran los retazos de su vida. ¿Qué ha sentido su alma al tenerlo en sus manos?

Es un libro peligroso para mí, porque todavía no he podido conciliar algunos recuerdos. Pero espero que se vea en él la mezcla de tristeza y miseria con la cordialidad manchega que había en la posguerra, es algo que, incluso ahora, cuando lo recuerdo, me emociona. Como digo en uno de los poemas, nosotros éramos los hijos de los caídos de uno y otro lado, y eso era muy fuerte. Que no se olvide.

ANTONIA CORTÉS

Una noche de finales de julio de este verano, en El Escorial, encontré un libro encima de una mesa, cerca del comedor del hotel Felipe II, donde me dirigía a cenar. Lo cogí con la intención de llevarlo a recepción por si alguien lo había olvidado. Antes, abrí el libro por si encontraba alguna pista. Había una dedicatoria y la leí: «Lo dejo para el-la primero-a que lo recoja y a el-ella se lo dedico». Enrique.

Al lado del nombre había un teléfono. Emocionada y algo contrariada pasé al comedor donde me esperaba un grupo de amigos a quienes les conté la historia, que se hacía cada vez más misteriosa y curiosa al ir descubriendo datos del autor que coincidían con los míos, como su relación con Ciudad Real o

«Un curioso encuentro, o dos»

con México. Era un poemario que hablaba de mi tierra, de los recuerdos de un señor que vivió la Guerra Civil y la posguerra en ella. Todos insistieron en que llamara al número que había dejado, pero no lo hice, era tarde y aquel señor, por lo que leímos en la solapa, tenía 82 años. Sentí que no era el momento. Tras la cena, en la magnífica terraza que tiene ese hotel, leímos los poemas en voz alta, marcados por la asombrosa y hermosa coincidencia? A mediados del mes de agosto, hice esa llamada.

- ¿Dígame?
- Por favor, ¿don Enrique?
- Soy yo, ¿quién llama?
- Mi nombre es Antonia Cortés, encontré su poemario en El Escorial.

Nuestra conversación duró un rato. Me contó que ese libro iba destinado a una persona a la que esperaba ver en los Cursos de Verano de El Escorial, pero con quien al final no se encontró, por lo que decidió dejarlo allí de todas formas, y dedicárselo a aquella persona que se lo encontrara. Luego hablamos de su vida, de sus recuerdos, de México, momento en que se hizo un triste silencio, de Picasso... Nuestra conversación acabó con el compromiso de que asistiría a la presentación de su libro para conocerle, para acompañarle, por lo que él hablaría con José Luis Loarce con el fin de que me invitara. Como suscriptora de la Biblioteca de Autores Manchegos, me llegaría la invitación. No

dije nada.
Pasaron un par de meses y no volví a tener noticias, ni del poeta ni del acto de presentación. Ni llamé ni me llamaron.
El 11 de octubre, en El Escorial de nuevo, en la boda de una de mis amigas, Manolo López Camarena, que también estaba invitado, me llamó a su mesa.
- Toña, ¿puedes venir un momento? Este señor te quiere conocer
- Encantada, contesté yo.
- Usted me llamó una tarde porque se encontró mi libro *Tiempo del pan amarillo*, me dijo el señor
- ¿Es usted don Enrique García-Herráiz?, le pregunté.
- Sí, yo soy.
Tan mágico fue encontrarme

su poemario en El Escorial como conocer al autor en esa misma localidad. Yo no creo en las casualidades, tampoco en las coincidencias, aunque a veces no sepamos el porqué se producen. Pero que sea el lector el que saque el sentido que quiera a esta, para mí, hermosa historia.

El libro se presenta hoy a las 19.00 horas, junto a Vicente Sánchez de León y Tomás Paredes, en la residencia Universitaria Santo Tomás de Villanueva. Y, como le prometí aquella tarde de agosto, allí estaré, ahora sí, sabiendo ya quién es el autor de tantos y tantos recuerdos ocurridos en una ciudad durante la guerra y la posguerra, recuerdos tristes, como el autor afirma, pero llenos de otras cosas buenas, como la cordialidad manchega y la ausencia de odio por parte de la gente buena.